



JOSE ANTONIO TORRES.

De humilde hogar á la sombra,  
Cultivando con esmero  
La tierra, que le brindaba  
A su trabajo buen premio,  
Tranquilo y feliz vivía  
Un campesino modesto,  
Sin que de su alma turbasen  
La quietud, vanos deseos.  
Un día, mientras el arado  
Preparaba, escuchó el eco  
De aquel grito que en Dolores  
Hidalgo y los suyos dieron  
Por libertar á la Patria  
De la ignominia y el duelo;  
El campesino al instante  
Sintió latir en su pecho  
El corazón de los libres.  
Y sintió del héroe el fuego.  
De Hidalgo la voz me llama—  
Torres se dijo;— al momento  
Iré en busca del caudillo,  
Que su voz es voz del cielo.  
¡Adios, tranquila morada  
De mis gratos días risueños!  
¡Adios, mis bueyes, mi campo  
Adios, mis dulces recuerdos!

La patria donde he nacido  
Hoy reclama mis esfuerzos,  
Y están malditos los hombres  
Que la miran con desprecio.  
Así dijo; á pocos días  
Estaba en el campamento  
A las órdenes de Hidalgo,  
Por combatir el primero.

\* \* \*

El modesto campesino  
Que escuchó la voz del cielo,  
Al frente se hallaba, á poco,  
De unos leales guerrilleros,  
Marchando para Colima  
A sublevar á los pueblos,  
Dejando por donde quiera  
De su bravura recuerdos.  
Iba engrosando sus filas  
Su constante y noble empeño,  
Y en Sayula y en Zacoalco  
En breve formó un ejército,  
De sus soldados al frente,  
Al enemigo venciendo.  
Guadalajara rindióse  
A Torres, de gloria lleno.  
Pasaron después los días  
Y en Calderón tuvo un puesto,  
Brillando en esa batalla  
Por su heroísmo y denuedo.  
Michoacán luego el teatro  
Fué de sus triunfos sin cuento,  
Y temblaban los realistas  
Al nombre del Guerrillero,  
Aunque siempre á los venturosos  
Torres miró con respeto  
Si con sus tropas lucharon  
Cual deben los caballeros.

No combate el campesino  
Halagado por los sueños  
De la ambición: su bandera  
Es el amor á su suelo;  
Quiere que libre á la patria  
Logren hacer sus esfuerzos,  
Aunque perezca en la lucha  
Al realizar ese anhelo.

\* \* \*

Son las glorias de este mundo  
Pasajeras como el viento,  
Y es voluble la fortuna,  
Y hierde el mal á los buenos.  
De mil ochocientos doce  
El cuatro de Abril, funesto  
Fué para Torres: Merino  
Logró hacerle prisionero,  
Después de haber derrotado  
En una loma que al pueblo  
De Tlasasalca está cerca,  
A mil libres que murieron.  
Y aquella ciudad, que un día  
Cruzó Torres entre inmenso  
Gentío que le aclamaba  
Por su valor y denuedo,  
Entrar le vió conducido  
Entre ignominias sin cuento,  
Y miró decapitarle,  
Y vió cómo dividieron  
Los verdugos del tirano  
Del héroe famoso el cuerpo,  
Para llevarlo á los puntos  
De la ciudad y los pueblos  
Donde venciera otros días  
Al opresor de este suelo,  
Que temblaba al sólo nombre  
Del campesino modesto.  
Así su carrera heróica

Torres finó, sin que el miedo  
Ni en el cadalso asaltase  
Aquel corazón de acero.  
Así murió; mas su gloria  
Eterna cual su recuerdo,  
Guardarán los mexicanos  
Mientras aliente su pecho.

FRANCISCO ROSA.





## LA FIESTA DE CHEPETLAN

---

Alegre viste sus galas  
El pueblo de Chepetlán,  
Que está celebrando el día  
De su fiesta titular.  
¡Cuál repican las campanas  
De la iglesia parroquial!  
¡Cómo suena el teponaxtle  
Con monótono compás!  
Y cámaras y cohetes  
Estallan aquí y allá,  
Y se escucha en todas partes  
Una algazara infernal.  
Por donde quiera, enramadas,  
En donde vendiendo están  
Aguas frescas y sandías,  
Y al son de una arpa tenaz,  
Nativos y forasteros  
Bailan con dulce igualdad.  
Se oye la voz estentórea  
Del que tiene el carcamán,  
Y del que á la lotería  
Llama á todos á jugar.  
Entre los arcos de flores  
Pasa la brisa fugaz,  
Templando apenas el fuego  
De ardiente sol tropical.

En grupos la muchedumbre  
Se agita, en constante afán,  
Avida de divertirse,  
Anhelando por gozar.  
Los hombres ancho sombrero  
Y negro, en lo general,  
Camisa y calzón muy anchos,  
Muy blancos, y nada más;  
Las mujeres con enaguas  
De extraña diversidad;  
Y todos rien y cantan,  
Y llegan, vienen y van,  
Tomando de cuando en cuando  
Algún trago de mezcal.

\* \*

Entre tanto forastero  
Que ha llegado á Chepetlán  
Buscando en aquellas fiestas  
Tener un grato solaz,  
Se notan muchos soldados  
Que, con licencia quizá,  
De las tropas virreinales  
Se apartaron, sin pensar  
En guerras, ni en insurgentes,  
Porque muy lejos están  
Cuerrero y todos los suyos,  
Y no hay que temerles ya,  
Al menos mientras que dure  
La fiesta de Chepetlán.

\* \* \*

Cuando la tarde se acerca  
Y el sol declinando está,  
Se oye rumor repentino  
Inusitado y marcial,  
Y la gente se alborota,

1020002339

Y sin poderse explicar  
 Lo que causa aquella alarma  
 Y produce lance tal,  
 De repente por las calles,  
 Sobre un erguido alazán  
 Que tasca el freno impaciente  
 Y echa fuego al respirar,  
 Altivo, pero sereno,  
 Llega un hombre en cuya faz  
 Se pinta el alma de un bravo  
 Tan noble como leal:  
 Es Guerrero, el indomable  
 Campeón de la libertad.  
 Le sigue valiente tropa  
 Que ya al pueblo entrando va,  
 Y se ocultan los que temen,  
 Y otros salen á mirar.  
 Llega Guerrero á la plaza,  
 Y del soberbio animal  
 Tiempla la rienda y detiene  
 Del seco trote el compás.  
 Pasan muy cortos momentos  
 Y comienzan á llegar  
 Unos y otros, prisioneros,  
 Los del bando virreinal.  
 Todos ellos cabizbajos  
 Y silenciosos están;  
 Guerrero les mira un rato,  
 Y luego, con dulce faz,  
 Les pregunta:—“¿A qué han venido?”  
 Y nadie osa contestar.  
 Vuelve á preguntar Guerrero,  
 Y entonces, saliendo audaz  
 Un sargento, con despejo  
 Contesta:—“Mi general,  
 “Hemos venido á la fiesta,  
 “A gustar de Chepetlán;  
 “Y venimos con licencia.”

—“¿Y nada más?”—“Nada más.”  
 Vuelve á reinar el silencio,  
 Sonriendo Guerrero está,  
 Y dice con voz pausada:  
 “Pues venisteis á gustar,  
 “Seguid alegres gustando,  
 “Que yo os doy la libertad;  
 “Pero mañana, os lo advierto,  
 “Que no os halle por acá  
 “La luz de la madrugada.”  
 —“¡Que viva mi general!”  
 Grita entusiasta el sargento.  
 —“¡Viva!” gritan los demás,  
 Y alegre sigue la fiesta  
 Que nada vuelve á turbar,  
 Y chaquetas é insurgentes  
 Siguen en grato solaz,  
 Que es una noche de gusto  
 Esa noche en Chepetlán.

VICENTE RIVA PALACIO.





## QUECHOLAC

OCTUBRE 14 DE 1813.

Estrella del navegante  
El altivo Citlaltépetl,  
Se alza dominando excelso  
Con su corona de nieve,  
Desde las ondas del Golfo  
Hasta do el sol desaparece;  
Y á su falda las campiñas  
Y las llanuras se extienden,  
Ornadas de verdes selvas  
Y de arroyos transparentes.

Hoy en ellas los soldados  
De dos enemigas huestes,  
A la lucha se preparan  
Lanzando gritos de muerte;  
Entre el follaje sus cascos  
Y sus armas resplandecen,  
Mientras que se tiñen de oro  
Del volcán las regias nieves  
Al asomar los primeros  
Albores del sol naciente.

Unos ostentando altivos  
El rico lábaro vienen  
De las glorias españolas,  
Y los sangrientos laureles

Recogidos en Bailén, (1)  
Sus escudos ennoblecen.  
Los otros, aunque inexpertos,  
A la voz de patria fieles,  
Son los que dan prez y fama  
Al apodo de insurgentes.  
Bandera negra, cruz roja,  
Por marcial enseña tienen,  
Y los manda Matamoros,  
El audaz entre los héroes,  
El de los rubios cabellos,  
El de los ojos celestes,  
El que triste, de ordinario  
Marcha inclinando la frente,  
Cual los que sufren pesares,  
Cual los que meditan siempre;  
Pero al ver á sus contrarios,  
La levanta, y de sus huestes  
Empuñando la bandera,  
Y con acento solemne  
Así á sus guerreros habla  
El adalid insurgente:  
—“Bravos y nobles soldados:  
El enemigo que hoy viene  
A nuestro encuentro, es el mismo  
Que humilló al César potente  
Cuya voluntad fué norma  
De los pueblos y los reyes;  
Mas no ahora, como entonces,  
Patria y libertad defiende;  
Hoy, sostén de los tiranos,  
Cobarde y medroso viene.  
No os intimide su fama,  
Su renombre no os arredre;  
Oponed á sus cañones

(1) Esta batalla fué sostenida á campo raso contra los batallones de Asturias, vencedores en Bailén.

Y á sus mallas relucientes,  
Esos pechos, que desnudos  
De galas y de oropeles,  
Morir en sangrienta lucha  
A ser esclavos prefieren,  
Y de Bailén con los lauros  
Ornaremos nuestras sienas.”

Suena el clarín, la llanura  
Y las chozas se estremecen  
Al sonar de las descargas  
Que van sembrando la muerte;  
En un eco se confunden  
El trotar de los corceles,  
Los gritos de los heridos  
Y los vivas de los jefes;  
Y entre las nubes de polvo  
Y de humo que les envuelve,  
Como fantasmas siniestros  
Se divisan los jinetes  
De San Pedro (1), que sus lanzas  
A cada bote enrojecen.  
Hasta que al fin cuando opaco  
Ya brilla el sol en poniente,  
Mientras de carmin colora,  
Con luz moribunda y tenue,  
La blanca nivosa cima  
Del altivo Citlaltépetl,  
De Bailén los vencedores,  
Marchitando sus laureles,  
Rinden armas y banderas  
A las tropas insurgentes.

GUSTAVO BAZ.

(1) Tal era el nombre que llevaba uno de los cuerpos de la caballería insurgente que tomó parte en este encuentro.



## VALDIVIA - CUREÑO

¡Agua! gritan los soldados  
Caminando en el desierto,  
Y laguna cristalina  
Aperciben á lo lejos.  
Arrastrándose prosiguen,  
Y cuando juzgan, sedientos,  
Que va á calmarse en las aguas  
De sus gargantas el fuego,  
La vista vuelven confusos,  
Y por do pasaron ellos  
Ven retratarse en las ondas  
Del astro rey los reflejos.  
Así Rayón y sus hombres  
Entre crueles tormentos,  
Llevaban el estandarte  
De la patria y sus derechos.  
La perfidia sobre un grupo  
Arrojaba su veneno,  
Y un General (1) á su jefe  
Le dirige estos conceptos:  
“O aceptamos el indulto.  
“Que nos ofrece el Gobierno,

(1) Ponce.



"O por fin de la campaña  
 "Como Hidalgo moriremos  
 "Sin armas, sin municiones,  
 "Serán vanos los esfuerzos,  
 "Y nuestros pobres soldados  
 "Estarán muy pronto muertos."  
 Rayón dice: "Dadme un plazo,  
 General, y yo os prometo  
 Que si continúan las penas,  
 A lo que pedís accedo.  
 "Capitán, dice un soldado,  
 "Oid mi humilde consejo,  
 "Y si hacéis lo que yo os digo,  
 "Salud con honra tendremos:  
 "En esa hacienda cercana,  
 "Que está sobre aquel otero,  
 "Hay guarnición española;  
 "Pero hay agua, y quiso el cielo  
 "Que yo pudiera en la noche  
 "Sacar este jarro lleno.  
 "Tomad pronto, y al asalto,  
 "Porque el triunfo ha de ser nuestro."  
 Oye el capitán y dice:  
 "Con cien hombres nomás cuento, (1)  
 "Pero me inspiran confianza;  
 "Esta noche marcharemos."

## II

Estando el pequeño grupo  
 De soldados en acecho,  
 Un cañón abandonado  
 Miran brillar á lo lejos,  
 Y todos piensan lo mismo:  
 Arma inútil en el suelo,  
 Mas formidable, elevada  
 Dos cuartas sobre el terreno.

(1) Quinientos hombres guarnecían la hacienda.

Derribando el débil muro  
 Llegaríamos hasta el centro.  
 Mas, ¿qué hacer sin las cureñas?  
 Preciso es que le dejemos.  
 "Aquí estoy—dice Valdivia,  
 Un atlético guerrero,  
 El mismo que un poco antes  
 Al capitán dió un consejo.  
 "Si el cañón habéis hallado,  
 "También cureña, yo puedo  
 "Sostenerlo en mis espaldas  
 "Y el muro derribaremos."  
 Cae de rodillas, le amarran  
 El cañón con lazo estrecho.  
 Una bala de la hacienda  
 Llega y mata á un artillero.  
 El cañón cargan al punto  
 Y se oye la voz de "fuego."  
 La detonación se escucha,  
 La multiplican los ecos  
 En las montañas distantes;  
 Pero el héroe está en su puesto.  
 Y "¡bien!" exclama el soldado,  
 "¿Estuvo el tiro certero?"  
 Otra vez la pieza cargan  
 Y se repite el estruendo,  
 Y otra vez; mirad al muro,  
 Derribado está en el suelo;  
 Mas Valdivia lanza un grito  
 Desgarrador, lastimero.  
 Causan el triunfo sus nobles  
 Y patrióticos esfuerzos,  
 Pero los golpes terribles  
 Dejan torcido su cuerpo,  
 Como la caña en los bosques  
 A los impulsos del Euro.  
 Los insurgentes asaltan  
 Y de la hacienda son dueños;  
 Y Rayón á sus soldados,  
 De gozo indecible lleno,

Pudo decir: "Aquí hay agua,  
 Nuestra marcha continuemos."  
 Y en tanto queda Valdivia  
 Como tosco, inútil leño  
 Que arroja el mar en la costa  
 Después de huracán funesto.  
 Y este hombre grande, sublime,  
 Y de un valor tan excelso,  
 Es conocido en la historia  
 Con el nombre de "Cureño."

MANUEL DE OLAGUIBEL



## LA JAULA

Alrededor de la Alhóndiga  
 La multitud se agrupaba.  
 Olas que á su impulso mismo  
 Ya retroceden, ya avanzan:  
 No cual las olas del Golfo  
 Que sonoras se levantan,  
 Sí cual las olas de nubes  
 Que silenciosas, calladas,  
 Se entrechocan, se confunden,  
 Se combaten, se separan,  
 En lo más alto del cielo  
 Anunciando la borrasca.  
 La multitud va creciendo,  
 Y por las calles cercanas  
 Nuevos refuerzos recibe  
 Del cerro y de la cañada,  
 Ya como ríos que suben,  
 Ya como ríos que bajan,  
 Pero no se oyen las voces  
 Que la multitud levanta  
 Cuando es multitud, y apenas  
 Si se escuchan sus pisadas.  
 Al pueblo de Guanajuato  
 Algún sentimiento embarga,  
 Que si no sale á sus labios,  
 Encerrándose en su alma,



Es porque el miedo le exige  
Que se encierre y que no salga.

Al pronto un débil murmullo  
Se oye, y al pronto se apaga,  
Escuchándose tan solo  
No lejos de Tepetapa,  
El rechinar de las ruedas  
De una carreta pesada.

Todos los ojos se vuelven,  
Todos devoran sus lágrimas,  
Y se remueve algo grande  
En las almas mexicanas,  
No pudiendo comprenderse  
Si eso que bulle en las almas  
Es oración que se eleva  
O es maldición que se arranca.

Sigue la infame carreta,  
Ya atraviesa la calzada,  
Ya llega al puente, prosigue  
Por breve espacio su marcha,  
Del Marqués la cuesta sube,  
Con grande esfuerzo, y se pára  
Delante de Granaditas,  
Y su luz el sol velaba.

Allá en lo alto, en lo más alto  
De la Alhóndiga, clavaban  
En cada uno de sus ángulos  
Los obreros una escarpia.  
En tanto se abren las puertas  
Y del pueblo á las miradas,  
Alguaciles aparecen  
Llevando unas grandes jaulas.  
A la carreta se llegan,  
Y hombres de feroces caras  
Descubriendo lo que encierra  
Quitan al redor las tablas.

En ese instante solemne  
La emoción al pueblo embarga;

Nada se oye, se diría  
Que el silencio se callaba.  
¿Qué viene en esa carreta?  
Ya las toman, ya las sacan...  
¡Las cabezas de los héroes  
Fusilados en Chihuahua!...

El verdugo la de Hidalgo  
Sin ningún respeto arrastra;  
Por los escasos cabellos  
La toma, y toma la jaula.  
Y la introduce, esperando  
Que la eleven á la escarpia.

Toma luego la de Allende...  
Se oye al pronto una algazara  
Al rumbo de los Pocitos,  
Se abren del pueblo las masas  
Y entre ellas violentamente  
Se ve un jinete que avanza.

—¿Dónde está ese infame cura?  
Lleno de coraje exclama,  
Y lo denuncia su acento  
Como á un hijo de la España.  
Y se acerca, y su pregunta  
Repite con voz más alta,  
Y el brazo extiende el verdugo  
Y la cabeza señala.  
Al punto el recién venido  
De su caballo se baja  
Y á puntapiés, por el suelo  
Hace que rueda la jaula.

.....  
Del castillo en las esquinas  
Las cabezas colocadas,  
Se va dispersando el pueblo;  
La noche de prisa avanza,  
Y ya hay sombras en los cielos  
Como las hay en las almas.  
El jinete por la cuesta  
Ya también se retiraba.

Mas de repente el caballo  
 Sobre las manos se pára,  
 Y desobedece al freno,  
 De un lado al otro se lanza  
 Y se encabrita saltando  
 Y se sacude la carga.  
 Cae el español al suelo,  
 Como piedra disparada,  
 Y el pie derecho en las losas  
 Se hizo trizas. Una anciana  
 Que cubierta la cabeza  
 Bajo el rebozo lloraba,  
 Se puso la Cruz y dijo:  
 —“La cabeza consagrada  
 “Pisaste... Mas Dios castiga  
 “Aunque sin palo y sin cuarta.”

RAMON VALLE.



## LA JURA DE APATZINGAN

En Apatzingan la hermosa,  
 Cuyo horizonte resguardan  
 De Orapéndaro las cumbres  
 Elevados atalayas  
 Del Valle donde florecen  
 Al soplo de tibias auras,  
 El indigo y el cafeto,  
 Y las resonantes cañas;  
 En Apatzingan la bella  
 Que se duerme reclinada  
 En las márgenes de un río,  
 Cuya corriente de plata  
 Se desliza sonora  
 Entre campos de esmeralda;  
 Allí donde son eternas  
 Las primaverales galas,  
 Allí donde siempre alegres  
 Su amor los pájaros cantan,  
 Allí se escucha hoy el ruido  
 De vitores y de dianas,  
 Y la atmósfera conmueven  
 Los repiques y las salvas.  
 Reunidos en ella ahora,  
 En una modesta sala,  
 Los que de la patria en nombre  
 Formaron la ley sagrada



Que libra por siempre al pueblo  
De la coyunda de España,  
Del gran Morelos escuchan  
Las venerables palabras.

Es su cabeza imponente,  
De águila son sus miradas,  
Tiene su acento un remedo  
Del fragor de las batallas,  
Y la inspiración de un héroe  
Sobre de su frente irrada.

—“Representantes del pueblo,  
Con voz dice, firme y clara—  
“Vosotros que disteis cima  
“Con vuestra noble constancia,  
“A la empresa por Hidalgo  
“En Dolores comenzada,  
“Vosotros que en Chilpancingo  
“Formulasteis en una acta  
“La Independencia y derechos  
“De la Nación mexicana,  
“Jurad hoy ser los guardianes  
“De las libertades patrias,  
“Y los derechos sagrados  
“Que sanciona y que proclama  
“Aquesa ley, discutida  
“En las selvas y montañas,  
“O entre el estruendo horroroso  
“De mortífera metralla;  
“Mientras, yo vuelo al combate  
“A conquistar con mi espada  
“Renombre para mis huestes,  
“Victorias para mi patria.”

Y, acallando los aplausos  
Y los vivas entusiastas,  
Un anciano le dirige  
Aquestas graves palabras:  
—“Morelos, el gran Morelos;  
“El de las nobles hazañas,  
“El justiciero en las villas,  
“El valiente en las batallas,

“Tú que al tirano arrollaste  
“Desde Acapulco hasta Cuautla  
“Escucha: más noble empresa  
“Y más digna de tu fama  
“Te damos en este instante  
“En el nombre de la Patria;  
“Que guardian de nuestras leyes  
“De la propiedad sagrada,  
“De la fe de nuestros padres  
“Y la virtud sacrosanta,  
“Por el civil magisterio  
“Depongas las férreas armas.  
“Pero-si se torna adversa  
“La fortuna á nuestra causa,  
“Vuelve á la lid, al combate.  
“A empuñar vuelvé la espada:  
“Llama entonces en tu auxilio  
“A la victoria, tu hermana,  
“Y lucha invocando el nombre  
“Sacrosanto de la patria,  
“Hasta sellar con tu sangre  
“La libertad mexicana.”  
—“Os juro, responde el héroe,  
“El guardar esta ley santa:”  
Y mientras conmueve un viva  
Los ámbitos de la sala,  
Alta y noble la cabeza,  
La mano sobre la espada,  
El andar tardo y sereno,  
Se dirige hacia la plaza.  
Entonces, entre los himnos,  
Al son de guerreras cajas,  
En medio de los repiques  
Y el estruendo de las salvas,  
Al verle salir el pueblo  
Su libertador le aclama.

GUSTAVO BAZ.



## LOS INDIOS DE AMETEPEC

Verdes, muy verdes sus huertas  
Y muy risueños sus prados,  
Y su cielo muy hermoso,  
Azul, transparente, diáfano:  
Con alegre caserío  
Y un esbelto campanario  
Que llama á los feligreses  
En días del tiempo santo,  
Existe un pueblo: sus hijos  
Encuentran en el trabajo  
El bienestar y el contento,  
Ajenos de los cuidados  
Y sinsabores que causan  
De riqueza el humo vano,  
De la ambición los ensueños,  
Y los peligros del mando.  
Es Ametepec, do se hallan  
Los patriotas acampados,  
Reducidos en su número  
Y de pertrechos escasos.  
Van Escalante y Urzúa  
De aquellas tropas al mando,  
Que en el día antecedente  
En San Martín alcanzaron  
Cesfir sus frentes de gloria  
Por su civismo bizarro,

Logrando así que sus nombres  
Respete el tiempo á su paso.  
Comprenden que los realistas  
Se acercan para atacarlos  
Con numerosas legiones;  
Y aunque el insurgente es bravo,  
No quiere de una victoria  
Fácilmente dar el lauro  
Al que á la patria encadena,  
Al que ultraja al mexicano.  
Escalante así, y Urzúa,  
Disponen con fino tacto  
Esquivar al enemigo,  
Y levantar de allí el campo.  
Antes al pueblo convocan  
Y con un acento claro  
Escalante así les dice:  
"Sabed, ametepecanos,  
"Que escasas son nuestras tropas,  
"Los pertrechos más escasos,  
"Y el enemigo hallaría  
"Fácil victoria, si vanos,  
"Oyendo sólo al orgullo,  
"Pretendemos aguardarlos.  
"Voy á marchar con mis fuerzas.  
"Yo no quisiera dejaros  
"Expuestos á los furores  
"De las tropas del tirano;  
"Pero el deber me lo ordena.  
"Y aunque con tristeza, parto."  
Se agita el pueblo que escucha  
aquel discurso; un anciano  
Se sobrepone al tumulto,  
Y al jefe dice: "Aguardaos,  
"Que si el deber os obliga  
"Esta vez á abandonarnos,  
"También el deber ordena  
"Que este suelo defendamos."  
Y dirigiéndose al pueblo



Que se revuelve agitado,  
 Cual en medio á la tormenta  
 Ronco se agita el oceano,  
 "Escuchad mi voz, les dice,  
 "Me la inspira el cielo santo.  
 "Aunque á la tierra se inclina  
 "Mi cuerpo débil, los años  
 "De mi corazón el fuego  
 "Hijos míos, no apagaron.  
 "Si ya no, cual otros días,  
 "Sé conducir el arado,  
 "Y en pos de mis tardos bueyes  
 "No sufro del sol los rayos,  
 "Como en mis tiempos mejores  
 "Adoro mi suelo patrio,  
 "Y no quiero lo mancille  
 "El español con sus pasos.  
 "Si pudieron valerosos  
 "Tus nobles antepasados,  
 "Del conquistador sañudo  
 "Defenderlo palmo á palmo,  
 "Así tú, mi pueblo heróico,  
 "Mi débil voz escuchando,  
 "Jura sucumbir primero  
 "Que dejar hoy profanarlo.  
 "Si armas nos faltan, y pocos  
 "Nos vemos ante el contrario.  
 "Que á Ametepec en cenizas  
 "Torne el fuego en sus estragos,  
 "Que la llama del incendio  
 "Nada respete á su paso,  
 "Y nuestras chozas perezcan  
 "Y con ellas nuestros granos.  
 "Hunda en el polvo su frente  
 "Nuestro modesto santuario  
 "Y desperezcan las tumbas  
 "De los que gozan descanso.  
 "¡Pueblo, mi pueblo! la muerte  
 "O el yugo infame, elijamos!"

Al oír el noble acento  
 Del mayor de sus ancianos,  
 La sangre sube á sus rostros  
 Y se les secan los labios,  
 Y sienten fuego en sus venas,  
 Y salen de su letargo;  
 Prorrumpe en un solo grito  
 El pueblo todo; temblaron  
 Las montañas al estruendo  
 De aquellos clamores raros.  
 De "¡fuego!" la voz terrible  
 Cruzando va los espacios,  
 Y en breve una sola hoguera  
 Era el pueblo y daba espanto.  
 Y al sonar los atambores  
 Del insurgente soldado,  
 Ametepec no existía,  
 Ni sus huertas ni sus prados.  
 Se retiran á los bosques  
 Sus nobles hijos, y el llanto  
 A sus ojos no se asoma  
 Al ver tan horrendo cuadro.

\* \* \*

Cuando el realista, sediento  
 De sangre de mexicanos,  
 Llega al pueblo en que pretende  
 Tornar al libre en esclavo,  
 A sus ojos se presenta  
 Por las llamas abrasado  
 Ametepec, cuyos hijos  
 Buscan asilo en los campos,  
 Y no hallan donde cubrirse  
 Del sol ardiente á los rayos,  
 Ni hallan pan para su boca,  
 Ni agua ¡ay! para sus labios.  
 Aliento noble les presta  
 Solo el patriotismo santo,

Y animan á sus mujeres  
 Y niños, y á sus ancianos.  
 Lanzan de rabia hondo grito  
 Ante aquél portentoso raro,  
 Y en su despecho maldicen  
 La grandeza del contrario,  
 Los que doblan la rodilla  
 Y queman incienso vano  
 Ante los torpes virreyes  
 De Carlos Quinto y Fernando.

FRANCISCO SOBA.



## LA MADRE DE LOS RAYONES

En medio de áspera sierra,  
 Que le ofrece sitio incómodo  
 Al insurgente soldado  
 Que con patriotismo heróico  
 La miseria desafía,  
 Y del tirano los odios,  
 El hambre, la sed, la muerte  
 Por triunfo tal vez remoto;  
 En medio de las montañas,  
 Que como grandes colosos  
 Se levantan de la tierra  
 De Michoacán, se halla Cópore,  
 Teatro de la alta gloria  
 De Rayón (1) el generoso  
 Defensor de aquella plaza,  
 Que al realista causa asombro.  
 Se ocupa el bravo caudillo  
 En disponer nuevos fosos,  
 Y en instruir al soldado,  
 Y en estar presente en todo.  
 Que no muy lejos acampa,  
 Hinchido de fiero encono  
 El español, y pretende  
 Asaltar el fuerte, pronto.

(1) El Lic. don Ignacio López Rayón.



Rayón, en tanto, medita  
 Poner á esa audacia coto,  
 Y enseñar á los tiranos  
 Que es vano su empeño loco  
 De reprimir los esfuerzos  
 De un pueblo que dice: "rompo  
 Para siempre las cadenas  
 Del esclavo vil y odioso."

\* \* \*

"Si rechazarlos consigo,  
 "O si al llegar los derroto,  
 "¡Ah, qué ventura la mía!  
 "Veré de mi gloria el colmo;  
 "Muy en breve mis soldados,  
 "A quienes por hijos tomo,  
 "Notarán que con mis planes  
 "Derramar su sangre ahorro."  
 —Así Rayón se decía,  
 Recorriendo un punto y otro  
 De su habitación, soñando  
 En la patria, su tesoro,  
 Cuando escucha que penetra  
 Con ademán respetuoso  
 Un asistente que trae  
 Pálido el labio antes rojo.  
 —"General, dice el soldado,  
 Cuyo descompuesto rostro  
 Indica la pena horrible  
 De un presentimiento incógnito;  
 De Tlalpujahua este pliego  
 Os mandan aquellos lobos,  
 Pues han tomado esa plaza,  
 Y aún esperan que nosotros....."  
 Con calma Rayón le toma;  
 Pero en breve, grande enojo  
 Se refleja en su mirada,  
 Y algún malestar muy hondo.

—"Id á mi madre, (1) decidle  
 Que acuda aquí, que la invoco  
 Porque una duda me asalta  
 Y no la resuelvo solo."

\* \* \*

"Duro caso, madre mía,  
 "En esta vez os propongo;  
 "Perdonad si mis palabras  
 "Os llegan del alma al fondo.  
 "Francisco, mi buen hermano,  
 "Que combate cual nosotros  
 "De España la tiranía,  
 "Sin temor y sin rebozo,  
 "Se encuentra ya prisionero  
 "En Tlalpujahua; hace poco  
 "Que este pliego he recibido,  
 "En que Aguirre (2) dice cómo  
 "No le condena al cadalso  
 "Si nuestra causa abandono.  
 "Lo que la patria me ordena  
 "En este trance horroroso,  
 "Yo bien lo sé; madre mía,  
 "Vuestra voluntad ignoro,  
 "Y por eso os he llamado,  
 "Y acataré vuestro voto."

La matrona no vacila,  
 Aunque brillan en sus ojos  
 Dos gotas de amargo llanto,  
 Y exclama con fuego heroico:  
 —"Madre cual soy, yo daría  
 "Mi sangre, y aún fuera poco,  
 "Por libertar esa prenda  
 "Que con toda el alma adoro;

(1) Doña Rafaela Rayón de López.

(2) D. Martín Matías de Aguirre, coronel realista.

"Pero nací mexicana,  
 "Y como tal, ambiciono  
 "Mirar á México libre  
 "De sus tiranos; si el costo  
 "De esa ventura es acaso  
 "Vuestra vida, no me opongo;  
 "Que antes que ver vuestra afrenta,  
 "Quiero verter triste lloro  
 "En los sepulcros alzados  
 "Por el español encono,  
 "Que no perdona el delito  
 "Que cometemos nosotros."  
 Rayón á su madre escucha  
 Lleno de emoción, absorto;  
 Sobre su frente se inclina,  
 Y la besa fervoroso.

\* \* \*

Deja tú, Guzmán el Bueno,  
 Deja tu lecho de polvo,  
 Y saluda á la matrona  
 Que es de México tesoro.  
 Que si en Tarifa pudiste  
 Ganar renombre famoso,  
 No se iguala tu grandeza  
 A aquesta que yo pregono.

FRANCISCO SOBA.



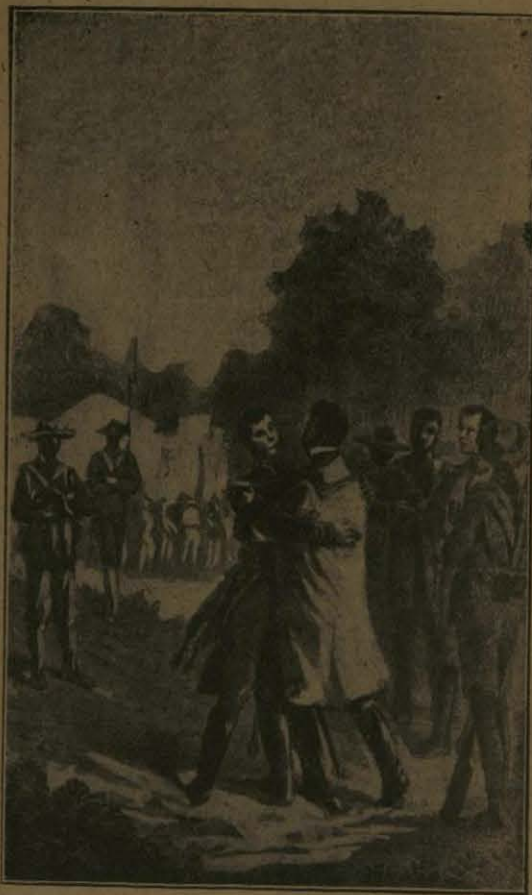
## El abrazo de Acatempam (1)

Despejado el horizonte  
 Desde el valle hasta la sierra  
 Y de caléndulas rojas  
 Revestida la pradera,  
 Van los mansos arroyuelos  
 Quebrándose entre las peñas,  
 Y cantan enamorados  
 Los pájaros de la selva.  
 Todo anuncia que renace  
 Otra vez naturaleza,  
 Bajo el bienhechor influjo  
 De la dulce primavera.  
 Aspirando los perfumes  
 De los bosques y florestas,  
 Y alumbradas por los rayos

(1) A pesar de que Alamán niega que Guerrero ó Iturbide se hablasen antes de la proclamación del plan de Iguala, otros historiadores afirman lo contrario; y nosotros hemos conocido un testigo ocular de esa entrevista, que tuvo lugar en Teloloápan, y no en Acatempam, como supone la tradición popular. Respetando esa tradición hemos dado á este hecho el título con que lo conoce la multitud, pues nada pierde de su grandeza con que haya sido en este ó en aquel lugar, tanto más cuanto que Teloloápan está á corta distancia de Acatempam.—N. del A.



De una mañana serena,  
 Véñse dos huestes distintas  
 En apostura guerrera,  
 Y cuyas armas desnudas  
 Los rayos del sol reflejan.  
 Un alegre vocerío  
 Acá y acullá se eleva,  
 Mientras repican sonoras  
 Las campanas de una iglesia;  
 Y los nombres de Guerrero  
 Y de Iturbide resuenan  
 Entre los grupos unidos  
 A la voz de independencia;  
 Pero luego entre las filas  
 Silencio imponente reina,  
 Mientras para hablar á solas  
 Los dos caudillos se acercan.  
 Tiene el uno alta la frente,  
 Quemada la tez morena,  
 Y su condición humilde  
 En su traje se revela.  
 Entorchados y galones  
 Y cruces el otro ostenta;  
 Insinuante es su palabra,  
 Distinguidas sus maneras,  
 Y antes de darle la mano  
 Así hablándole comienza:  
 "—Si en época ya pasada  
 "Para la patria, funesta,  
 "Empuñé torpe y culpable  
 "Del tirano la bandera,  
 "Y fué mi invencible espada  
 "De los verdugos defensa,  
 "Para arrancar de mi historia  
 "Esas páginas sangrientas,  
 "Y borrar como soldado  
 "De mi frente la vergüenza,  
 "Permitid que á vuestras plantas  
 "Mi vida á la patria ofrezca,  
 "Hoy que sigo los impulsos



El abrazo de Iturbide y Guerrero en  
 Acatempan.

"De la voz de mi conciencia.  
 "—Coronel, le dice el héroe,  
 Con voz, si apacible, entera:  
 "Si otro tiempo vuestra espada  
 "Fué á nuestra causa, funesta,  
 "Y vuestro arrojo indomable  
 "Semejante al de las fieras,  
 "Llenó á la patria de luto  
 "Y remachó sus cadenas,  
 "Hoy, en pago de la sangre  
 "Que derramó vuestra diestra,  
 "De libertar á la patria  
 "Haced la noble promesa  
 "Sobre mi pecho, en mis brazos,  
 "Que anhelantes os esperan,  
 "Y me veréis que siguiendo  
 "Vuestra triunfadora enseña.  
 "Como el último soldado  
 "Busco la muerte en la guerra,  
 "Que no mando, ni oropé es,  
 "Mi pecho indomable anhela,  
 "Sino morir do se luche  
 "Por la santa independencia."  
 Al escuchar sus palabras  
 Vivo ejemplo de nobleza,  
 Los libres y los realistas,  
 Olvidando sus querellas  
 Y sus pasados rencores  
 Con santa efusión se estrechan.  
 Aquellos héroes audaces,  
 Tras una lucha sangrienta,  
 Lograron romper por siempre  
 De esclavitud las cadenas;  
 Pero en su patria más tarde  
 Un cadalso en recompensa  
 De sus servicios hallaron  
 Al final de su carrera.

GUSTAVO BAZ.





## HEROES IGNORADOS

### I

Humilde hogar, do la dicha  
con áurea luz reverbera,  
á orillas de Oaxaca  
sus pardos muros eleva.  
Modelo la casta esposa  
de la indígena belleza;  
el esposo, honrado y bueno,  
de valor y hercúlea fuerza,  
y una niña angelical  
que el nudo de amor aprieta.  
Del cielo de la ilusión  
es la más fúlgida estrella,  
y del conyugal afecto  
fruto amado con terneza.  
Arriero el padre, y también  
los deudos de la pareja,  
en fraternal compañía  
trabajan con una recua  
que cochinilla trasporta  
á México, y de allí lleva  
á Guanajuato la carga  
que para fletar encuentra.

### II

Arde en Anáhuac la llama  
del patriotismo, flamea  
de los bravos insurgentes  
la venerada bandera;

eco atronador levanta  
el grito de Independencia  
que Hidalgo lanza en Dolores  
y se oye hasta las fronteras.  
Fulgura el rayo en los ojos,  
hierve la sangre en las venas,  
vibra el acero en las manos;  
la plegaria ó la blasfemia  
de los labios brota ardiente;  
ávidos ya de pelea  
palpitan los corazones;  
de la poderosa Iberia  
el dominio secular  
en su base bambolea.  
A la patria los arrieros  
sirven: la correspondencia  
dentro de los aparejos  
por todo el tránsito llevan,  
pero no falta traidor  
que los delate y los pierda,  
mas sin los Judas daría  
menos mártires la guerra,  
y es el martirio aureola  
de luz vivida y eterna.

### III

Huyó la noche, y el alba  
en el Oriente despierta;  
abre los ojos y alumbra  
con tenues rayos la tierra.  
Alegres cantando bajan  
los arrieros una cuesta,  
y allá en la fértil llanura  
escolta real trotea.  
Los dragones hacen alto  
y detienen á la recua.  
Un arriero, sin turbarse,  
algunos papeles quema;  
corre un dragón sable en mano,

al arriero cintarea  
y recoge las cenizas  
donde no existen las letras.  
Lanza el ibero soldado  
improperios y blasfemias;  
manda atar á los viajeros  
de los brazos y las piernas,  
y con furor infernal  
el martirio lento empieza.  
Los pies les corta, las manos,  
por último las cabezas  
que en las puntas de las lanzas  
clavan, y éstas en la tierra;  
y mientras duró el martirio,  
no exhalaban ni una queja,  
y avanza por la llanura  
pasito á paso la recua.

## IV

Inquietos los insurgentes  
graves noticias esperan,  
y sin que nadie la guie  
miran llegar á la recua,  
y presurosos recogen  
toda la correspondencia.  
Tranquilas en el hogar  
la madre y la hija rezan,  
y en la remota llanura  
aves de rapiña vuelan  
al derredor de las picas  
do ensartan seis calaveras,  
y la historia ni los nombres  
de aquellos héroes conserva.

RAFAEL OBNIEROS Y VILLARREAL.



## EL INDULTO (1)

Desde el grito de Dolores  
Eran dos lustros pasados,  
Y solo un hombre luchaba  
Contra el poder del tirano;  
Un hombre cuyas acciones,  
Cuyo civismo preclaro,  
Cuyo valor y virtudes  
Fama eterna conquistaron.  
El guardó por largo tiempo  
Del patriotismo sagrado  
Y del honor insurgente  
El sublime fuego intacto.  
De la sierra á las ciudades,  
De los montes á los llanos  
Iba, al frente de sus tropas  
El libre pendón alzando,  
Y de Guerrero ante el nombre  
Se asustaban sus contrarios,  
Como se asustan los tigres  
Con el estruendo del rayo.

(1) El hecho referido en este romance lo narró el mismo General Guerrero á Don Lorenzo Zavala, quien lo consigna en su "Ensayo sobre las revoluciones de México," obra que, por cierto, no tiene nada de anecdótica.



Mas, un día, memorable  
 De la crueldad en los fastos,  
 De su valor y constancia  
 Quiso vengarse el tirano,  
 A su hija inocente y pura  
 Y á su esposa encarcelando  
 Para ver si así domaba  
 Su noble pecho esforzado;  
 Y no pudiendo abatirlo  
 Ni con penas ni con llanto,  
 Ni con viles represalias  
 Ni con arteros engaños,  
 Le ofreció riqueza, honores,  
 Y quiso, para sarcasmo,  
 Que el padre del héroe fuera  
 De aquel indulto emisario.  
 Explicar es imposible  
 En ningún lenguaje humano,  
 Los tormentos y las dudas  
 Que su pecho desgarraron,  
 Al ver que su mismo padre  
 Le suplicaba, llorando,  
 Que traicionase á su patria,  
 Que marchitara sus lauros;  
 Mas era su alma de bronce,  
 De aquellas que proclamaron  
 Que es preferible la muerte (1)  
 Á la paz con los tiranos.  
 "Padre, mi padre—le dijo  
 Con acento sofocado,  
 Mientras con filial ternura  
 Besábale frente y manos:  
 "Que sacrifique en buen hora  
 "El déspota sanguinario,  
 "Para calmar su despecho

(1) Estos dos versos no son más que la parodia de una hermosa frase consignada en el manifiesto del Congreso de Chilpancingo, al expedir el acta de Independencia.



El padre de Guerrero ruega á éste acepte el indulto

"Esos seres á quien amo.  
"Cada lagrima que viertan  
"En ese martirio santo,  
"La vengaré en los combates  
"Con sangre de sus soldados,  
"Pero no logrará nunca  
"Que ante su yugo nefando  
"Se humille mi altiva frente  
"Ni que enmudezcan mis labios.  
"¡Libertad, Independencia  
"Me verás siempre aclamando  
"Mientras tenga por baluartes  
"Estos altivos peñascos;  
"Hasta que cumplido sea  
"Mi juramento sagrado,  
"O me conduzca el destino  
"A morir en un cadalso."  
Y estrechándole á su seno  
Sus sollozos acallando,  
Y conteniendo su pena,  
Se despidió del anciano.  
Largo tiempo todavía  
Después del postrer abrazo,  
Estuvo el guerrero ilustre  
A su padre contemplando,  
Y cuando le vió perderse  
Tras el último barranco,  
Camino de la montaña  
Se fué triste y cabizbajo.

GUSTAVO BAZ.





## VICENTE GUERRERO

Era el tiempo en que aún sufría  
Encadenado el Anáhuac,  
El férreo yugo ominoso  
De los tiranos de España.  
El tiempo en que despertando  
Tras un pasado de infamia,  
Un pueblo noble, hasta el cielo  
La frente altiva levanta.  
El tiempo de los Hidalgos,  
De los Morelos y Aldamas,  
Y el tiempo de los heroicos  
Sacrificios por la patria,  
Cuando al romperse el anillo  
Que á tres centurias ligaba,  
Un León repasar intenta  
Las costas americanas;  
Porque le falta el aliento,  
Porque las fuerzas le faltan  
Porque sacude en los aires  
La melena ensangrentada,  
Y á un pueblo que está sediento,  
Y sediento de venganza,  
Conoce bien que á saciarlo  
Su sangre toda no basta!  
Lucha tenaz el Ibero  
Y en nombre de sus monarcas,

De México los Vireyes  
El solio vetusto guardan;  
Y en su obstinación impla,  
Y en su furibunda saña,  
La noble sangre de Hidalgo  
En un cadalso derraman!  
El victorioso Morelos  
Allí mismo se levanta,  
Y por los campos tremola  
La bandera de la patria;  
Es el guardián de una idea  
Que á paso gigante avanza;  
Es el terror de la guerra,  
El genio de las batallas...  
Y él también con cien laureles  
Coronado en cien jornadas,  
En un patíbulo cae  
Acribillado de balas.

Valiente, aguerrido, fiero,  
Sin municiones, sin armas,  
Con su voluntad inmensa,  
Más grande que su esperanza,  
Un hombre aparece entónces  
En el confín de la patria;  
Como al náufrago aparece  
El faro tras la borrasca;  
Como en medio de los campos  
Al caminante que anda  
Perdido en lóbrega noche,  
La aurora serena y clara.  
Era Vicente Guerrero  
Que en boscosas sierras altas  
Defiende de un pueblo él solo  
Las libertades sagradas.  
A su formidable acento  
Por doquiera se levantan,  
Intrépidos capitanes  
Que á la pelea se lanzan.  
Acaso sin él, acaso

La noble empresa fracasa,  
Y quién sabe cuánto tiempo  
Sobre el nopal del Anáhuac,  
El águila azteca hubiera  
Batido, rotas las alas.  
¡Loor á tí, sombra gloriosa!  
Que mi humilde labio ensaiza,  
Digna de que otro más digno  
Pronuncie tus alabanzas!

JOSE PEON Y CONTRERAS.



## La muerte de Pedro Ascencio

Entre los héroes famosos  
Que independencia proclaman,  
Y van á empapar con sangre  
De la patria el ara santa,  
Un valeroso guerrero  
Pone sitio á Tetecala  
Do el ejército realista  
Campo ofrece á sus hazañas

Es don Cristóbal de Huber  
Hombre malo y vengativo,  
Quien defiende á Tetecala,  
Y teme allí ser vencido.  
Y teme que Pedro Ascencio,  
El valeroso caudillo,  
Que desde hace muchos días  
Ha puesto á la plaza sitio,  
Lo derrote y muerto sea  
A manos de los patricios  
Que su bravura han probado  
En mil encuentros distintos.  
Y una tarde que en el cielo  
Encapotado y sombrío,  
Denso-nublado intercepta  
Del astro mayor el brillo,  
A Pedro Ascencio le manda



Un enviado, el cual sumiso  
 Se le presenta, y del jefe  
 Da á conocer los designios.  
 Una entrevista propónele  
 En nombre de Huber, rendido  
 Al fin de cerco tan largo  
 Y batallar tan prolijo.  
 Que tratarán como buenos  
 Para entrambos lo más digno,  
 Y que será en la entrevista  
 Caballero si nó amigo,  
 Y Pedro Ascencio la acepta,  
 Y la acepta persuadido  
 De que ella acaso podría  
 Ser de su causa en servicio,  
 Y ahorrar la sangre desea  
 De sus soldados invictos.  
 Y rodeado de su escolta  
 Avanza al campo enemigo,  
 En cuyas astas flamean  
 Banderas de blanco lino.

Con el semblante sereno,  
 Con el corazón tranquilo,  
 Marcha Ascencio sin temores,  
 Que nunca temió al peligro,  
 Cuando detrás de una cerca,  
 Que está faldeando el camino,  
 De más de veinte arcabuces  
 Parten los traidores tiros!  
 Y el bravo jefe en el medio  
 De sus soldados, herido  
 De muerte, cae rodando  
 En su ardiente sangre tinto!  
 Huber sabe el resultado  
 De proceder tan inicuo,  
 Y una expresión feroz baña  
 El rostro del asesino.

Campanas tocan á vueo  
 En son alegre y festivo,  
 Y en vez de banderas blancas  
 Flamea en el aire altivo,  
 Aquél pabellón hispano,  
 Gaia de luengos dominios.  
 Y que es en esos momentos  
 De su gran nación indigno;  
 Burla de sus defensores  
 De sus guardianes ludibrio.  
 No fué Pedro Ascencio un hombre  
 De noble origen, ni ricos  
 Tesoros guardó en sus arcas;  
 Era nada más que un indio.  
 Pero más que esa nobleza  
 Que se guarda en pergaminos,  
 Vale la de grandes hechos  
 De honradez y de heroísmo.  
 Nobleza que nunca acaba,  
 Y en bronce y en mármol limpio,  
 Respetará la progenie  
 De los venideros siglos.

Del gran Guerrero á las órdenes,  
 Incansable y decidido,  
 De la insurrección el fuego  
 Mantuvo perenne y vivo;  
 Y fué entonces el más bravo  
 El más temible caudillo,  
 Por su valor y estrategia,  
 Por su constancia y su tino;  
 Dícenlo los españoles,  
 Confesáronlo ellos mismos,  
 Lo dicen los de su tiempo,  
 Y la fama, y en los libros,  
 Así lo dice la historia,  
 y por eso yo lo digo.

JOSE PEON Y CONTRERAS.